



La corrupción y el voto

La inmoralidad política aumenta la desafección

FRANCISCO Longo

DIRECTOR DEL INSTITUTO DE GOBERNANZA Y DIRECCIÓN PÚBLICA DE ESADE (IUPD)



El rebrote de la corrupción política en los medios a raíz del caso *Matas* y del levantamiento del secreto del sumario del caso *Gürtel* invita a reflexionar sobre su posible trascendencia electoral.

La verdad es que no existen evidencias empíricas concluyentes sobre la relación entre la notoriedad de la corrupción y el sufragio. Sabemos que, en términos generales, el rún-rún de la inmoralidad política incrementa la llamada *desafección*, el desenganche de la sociedad respecto de lo público. Personalmente, creo que esa destrucción de confianza corroe el contrato social y es lo que más nos debilita como sociedad. Por otra parte, y como no podría ser de otra forma, tiende a incentivar los comportamientos abstencionistas.

Curiosamente, el hastio puede afectar tanto a tirios como a troyanos, por lo que no cabría descartar la curiosa paradoja de que quienes, de haber votado, lo hubieran hecho por los adversarios políticos, se abstuvieran más que los propios simpatizantes de los corruptos de turno. No está nada claro, pues, que los escándalos de corrupción, cuando perjudican electoralmente, se lo hagan pagar siempre a los responsables.

En mi opinión, esto es así por dos razones. La primera es que, en la sociedad española, se ha instalado una convicción –probablemente errónea y, desde luego, lamentable, pero mayoritaria– de que la corrupción afecta a la clase política de forma transversal («todos son iguales»).

Por una parte, los escándalos en ambos bandos han sido, ya a estas alturas, igualmente sonados. Por otra parte, la falta de respuestas contundentes ante los casos propios de corrupción parece un comportamiento que unos y otros hubieran aprendido en la misma escuela.

Además, hay que contar con la extrema viscosidad de la financiación irregular de los partidos, secreto a voces y verdadera ciénaga de nuestra democracia, cuyo drenaje sigue pendiente. Con todo ello, la ciudadanía, o bien no distingue, o lo hace llevada por sus filias y fobias políticas. Ninguno de estos comportamientos cambia, en definitiva, el sentido del voto.

La segunda razón es que, precisamente por esa tendencia creciente del electorado a descontar la vinculación entre la política y la corrupción –o, al menos, ciertas

formas de esta–, los escándalos no resultan suficientes para movilizar por sí mismos el sufragio. Pueden contribuir, desde luego –y así le ocurrió al PSOE en la última parte de su primera etapa de gobierno– a incrementar el desgaste electoral de una opción declinante, pero no a corregir las grandes tendencias de fondo.

En este sentido, tengo la impresión de que la aparición de un caso *Gürtel* en las filas socialistas le haría más daño al partido gobernante, ya que se sumaría al peso agobiante de la crisis, y, sobre todo, a la sensación de falta de liderazgo que el manejo de la situación por el Gobierno ha ido instalando en la sociedad española.

Por cierto, que esta cuestión del liderazgo hace pensar en alguna consecuencia del caso *Gürtel* que podría resultar considerablemente lesiva para el PP. Me refiero a la manifiesta atonía que se constata últimamente en los comportamientos públicos de su presidente. No es **Mariano Rajoy**, precisamente, un personaje público del que

Los escándalos pueden contribuir al desgaste de una opción declinante pero no a corregir una tendencia

La sociedad está más dispuesta a perdonar la actitud de mirar a otro lado que la de perder los papeles

los españoles valoren, según las encuestas, atributos como la firmeza y la resolución de su liderazgo.

De otro lado, o mucho nos equivocamos, o el escenario de incertidumbre y ansiedad colectiva que padecemos va a hacer que sea justamente en estas claves en las que se diriman las próximas contiendas políticas. Nada peor, para movilizar al electorado, que transmitir la imagen indecisa de quien no sabe poner orden en la propia casa.

La imagen de un **Rajoy** titubeante, prisionero del extesorero del PP **Luis Bárcenas** y del aparato del partido, posee, esta sí, un alto potencial destructivo, en términos electorales. No creo que sea para alegrarse, pero me temo que la sociedad está más dispuesta a perdonar a los líderes políticos la actitud de mirar hacia otro lado que la de perder los papeles. =